

LOS ENEMIGOS DEL P. JOSE ANTONIO

EULOGIO ZUDAIRE HUARTE

¿Cómo cantará victoria quien no sepa de enemigos? Y enemigos irreconciliables, sin enmienda posible y sin enemistad declarada, cercaron al P. José Antonio.

Aquellos diáconos de Baal, que tanto animaron una determinada liturgia en las décadas preconciarias, formaban la vanguardia. Sin mucha cultura bíblica, se atisba la alusión. Diáconos o profetas de Baal fueron aquellos adoradores del dios arameo, que durante buena parte del día atronaron el monte Carmelo con sus desaforadas invocaciones al sordo Baal. Y diáconos de Baal llamaba el P. José Antonio a los dos, cuatro o seis cantores que, a los acordes del órgano o de algún instrumento de cuerda, tenían que estremecer el templo con su torratera por misas de requiem (lo más frecuente) o de goigs (fiestas gremiales). Se llegaba a la culminación, no sin su calidad artística, en los funerales extra y en las fiestas patronales, con la intervención del coro mixto, órgano y orquesta.

Era el estilo de la época; aunque nuestra experiencia, del P. José Antonio y mía, pudiera reducirse, sin ser única, a lo vivido en la iglesia de Pompeya, de la ciudad de Barcelona.

Porque a su sombra y por la generosa hospitalidad de aquellos buenos frailes franciscos, disfrutamos cómodo albergue, el tiempo necesario. Epoca económica muy apretada, aquella de nuestra postguerra y de la guerra y postguerra europeas. Se padecían en ocasiones rigores de secano; las circunstancias mandaban. Sin juramento me podréis creer que el P. José Antonio jamás se hizo el melindroso; y que en los casos menos apetecibles limitaba su comentario a una precisión humorística y exacta, en clave, como por ejemplo: «sello de la clínica», «triángulo isósceles», que ni el mejor cerebro electrónico será capaz de descifrar.

Su sensibilidad musical fue la dimensión estética de su psicología. Por su sentido de la situación, se mostraba tan natural en presencia de la reina María Cristina, como entre los amigos de cada día o como entre los menesterosos vergonzantes, que se le arrimaron por recomendación; porque el P. José Antonio cobraba un menguado sueldo, del que los superiores religiosos

le permitían distraer alguna cantidad en favor de los pobres de la calle. La difícil elegancia de quien la vive sin parecerlo no sólo le granjeaba sinceras amistades, sino hasta simpatías misionaras. «Religiosos como P. José Antonio -oí decir a una persona de las del camello por el ojo de una aguja- hacen atractivo el hábito y el Evangelio».

Por contraste con su temperamento, tan enfadosa le resultaba la cursilería protocolaria como las desatenciones corteses. Tenía por costumbre saludar a todo hombre de traje talar que se le cruzara en el camino, no sé si por respeto o por solidaridad con todo representante de la Iglesia. Si no le correspondían, luego de dar unos pasos volvía la vista atrás y como entre bastidores, decía para su sayal: «¡Zoquete!». Y continuaba su ruta, con no mayor perturbación que la de un Sócrates cuando le sucedía caso análogo con algún ciudadano ateniense. «Si yo viese pasar a algún feo o contrahecho, ¿tendría por eso que irritarme? -replicaba el filósofo a sus amigos. «Pues ¿por qué me he de enojar con ese hombre, que se muestra peor educado?»

Con su música, luminosa, transparente, colorista, como un amanecer otoñal en tierras salmantinas, cautivaba en calidad de compositor y de intérprete. Testigo la iglesia de Pompeya, más frecuentada en la misa dominical solemnizada al órgano por el P. José Antonio. Y por músico se le invitaba a conciertos y representaciones musicales. Pero en aquellos tiempos de austeridades ermitañas, en que salvar las apariencias tanto parecía valorarse, solamente un par de veces pudo aceptar una invitación al Liceo de Barcelona. Mas no a función nocturna de ópera, sino a coros líricos en tarde de domingo, discretamente oculto en palco familiar, con entrada una hora antes de la general y salida apenas rompiese el público en el aplauso final.

Por músico fue miembro del Instituto Español de Musicología, en el que dejó un legado de 8.000 fichas de melodías populares. Mientras expoliaba los cancioneros, iba enriqueciendo, según me manifestó, el suyo que tenía en construcción (material apilado) y que muy bien podría simplificarse por las analogías y concomitancias que había sorprendido en aquellas otras colecciones.

Admiraba el P. José Antonio a Wagner, aunque no le simpatizaba; con él asistí en el Liceo a ensayos vespertinos de algunas de sus óperas. Describía las sonatas de Beethoven a manera de sorites o sucesión impecable de silogismos escolásticos; en tanto que elogiaba la fuerza creadora de Juan Seb. Bach, cada una de cuyas frases constituía novedad.

Como yo era profano, se guardaba mucho de prodigar ni tecnicismos ni observaciones que en ambiente propicio sonarían a espontáneas.

En más de una ocasión le oí repetir el dicho de no sé qué célebre escritor: que un artista puede serlo en cualquiera de sus manifestaciones (plástica, literaria o sonora), si se le ofrece oportunidad de ejercitarse en el oficio. Testimonio, al menos parcial, son en su caso las conferencias, charlas y colaboraciones periodísticas. Y si no empuñó la gubia ni el pincel, acertaba a enjuiciar sin desatino las muestras de artistas noveles que en series continuas ofrecían las salas de exposición de la Ciudad Condal.